Marguerite Duras

El hombre sentado en el pasillo



La sonrisa vertical



Con la mirada indiscreta de la cineasta que también es, a la vez distante y comprometida en la acción, Marguerite Duras se las ingenia para sorprender a ese hombre sentado en el pasillo oscuro y a esa mujer acostada al sol en sus desgarrados encuentros amorosos, que se desarrollan en un apoteósico escenario romántico. De esta incursión de voyeur, de «mirona» descarada, en la actividad sexual de una pareja a la que ve, cree ver o imagina, obtendremos una pequeña pero no menos soberbia obra maestra del género.



Marguerite Duras

El hombre sentado en el pasillo

La sonrisa vertical 34

ePub r2.0
ugesan64 24.03.14

Título original: *L'homme assis dans le couloir*
Marguerite Duras, 1980
Traducción: Beatriz de Moura

Editor digital: ugesan64
Corrección de erratas: Icaza
ePub base r1.0



EL HOMBRE SENTADO EN EL PASILLO

El hombre habría estado sentado en la sombra del pasillo frente a la puerta abierta hacia fuera.

Mira a una mujer que está tendida a pocos metros de él en un camino de piedras. A su alrededor un jardín que cae en brutal declive a un llano, prolongadas lomas sin árboles, campos que bordean un río. Se ve el paisaje hasta el río. Más allá, muy lejos, y hasta el horizonte, un espacio indeciso, una inmensidad siempre brumosa que bien podría ser la del mar.

La mujer paseó por la cresta de la pendiente frente al río y luego volvió allí donde se encuentra ahora, echada frente al pasillo, al sol. Ella en cambio no puede ver al hombre, la ceguera de la luz estival la separa de la sombra interior.

No puede decirse si sus ojos están entreabiertos o cerrados. Parece descansar. Lleva un vestido claro, de seda clara, rasgado por delante, que deja entreverla. Bajo la seda el cuerpo estaba desnudo. El vestido habría sido quizá de un blanco deslucido, antiguo.

Así lo habría hecho a veces. A veces también lo habría hecho en modo muy distinto. Muy distinto siempre. Es lo que noto en ella.

No habría dicho nada, ni mirado nada. Frente al hombre sentado en el pasillo oscuro, se ha encerrado tras los párpados. Por entre ellos vislumbra la luz enmarañada del cielo. Ella sabe

que él la mira, que lo ve todo. Ella sabe que él tiene los ojos cerrados al igual que lo sé yo, yo quien miro. Se trata de una certidumbre.

Veo que sus piernas que hasta entonces había abandonado medio replegadas con aparente negligencia, veo que las recoge, que las junta siempre más fuerte con un movimiento concienzudo, penoso. Que las aprieta tan fuerte que su cuerpo se deforma y se ve poco a poco privado de su volumen habitual. Luego veo que el esfuerzo cede bruscamente y, con él, todo movimiento. He aquí que de pronto el cuerpo tiene la rectitud de una imagen definitiva. Con la cabeza reclinada sobre el brazo, ella se ha inmovilizado en esa posición del sueño. Frente a ella el hombre que calla.

Ante ellos, las prolongadas lomas inmutables que conducen al río. Llegan nubes, avanzan juntas, se persiguen con regular lentitud. Van en dirección de la desembocadura del río hacia la indefinida inmensidad. Sus sombras mates son ligeras, por sobre los campos, por sobre el río.

De la casa en la explanada no llega ruido alguno.

Ella habría vuelto a moverse. Lo habría hecho

lenta y largamente ante él quien mira. El azul de los ojos en el pasillo oscuro que sorben la luz, bien lo sabe ella, taladrándola. Veo que ahora ella levanta las piernas y las separa del resto del cuerpo. Lo hace al igual que las ha recogido, con un movimiento concienzudo y penoso, con tanta fuerza que su cuerpo, contrariamente al momento que ha precedido, se mutila cuan largo es, se deforma hasta el punto de una posible fealdad. Otra vez se inmoviliza así abierta a él. La cabeza sigue desviada del cuerpo, reclinada sobre el brazo. A partir de entonces, ella permanece en esa posición obscena, bestial. Se ha vuelto fea, ha pasado a ser lo que habría sido de ser fea. Es fea. Allí está, hoy, en su fealdad.

Veo el enclave del sexo entre los labios separados y que todo el cuerpo se petrifica a su alrededor en un abrasamiento que va en aumento. No veo el rostro. Veo flotar la belleza, indecisa, por las inmediaciones del rostro pero no consigo que se funda con él hasta hacerla suya. No veo más que su óvalo desviado, el plano tenso, muy puro. Creo que los ojos cerrados deberían ser verdes. Pero me detengo en los ojos. E incluso si consigo reternerlos largo tiempo en los míos no me dan la totalidad del rostro. El rostro permanece desconocido. Veo el cuerpo. Lo veo entero con violenta proximidad. Chorrea sudor, se encuentra en un fulgor solar de aterradora blancura.

El hombre todavía habría esperado.

Y luego ella lo habría conseguido. La fuerza del sol es tal que con el fin de resistirlo grita. Muerde el lugar del brazo rasgado ya de su vestido y grita. Llama un nombre. Y que venga.

Oímos ella y yo que alguien camina. Que él se ha movido. Que ha salido del pasillo. Lo veo y se lo digo, le digo que viene. Que se ha movido, que

ha salido del pasillo. Que sus movimientos son primero secos, breves, como si ya no supiera caminar y que después se vuelven lentos, muy lentos, de una excesiva lentitud. Que viene. Que está ahí. Que veo el color azul de sus ojos que miran por encima de ella, hacia el río.

Él se ha detenido ante ella, proyecta sombra sobre su forma. Por entre los párpados, ella debe percibir el oscurecimiento de la luz, la forma de su cuerpo erguido encima de ella en cuya sombra está atrapada. La tregua del abrasamiento hace que la boca aferrada al vestido se destienda. Él está ahí. Con los ojos aún cerrados, ella suelta el vestido, recoge los brazos a lo largo del cuerpo por el desfiladero de las caderas, modifica la separación de las piernas, las tuerce hacia él con el fin de que él vea en ella aún más, que él vea en ella aún más que su sexo rajado en su máxima posibilidad de ser visto, que él vea otra cosa, también, a la vez, otra cosa en ella, que sobresale de ella cual boca vomitante, visceral.

Él espera. Ella devuelve su rostro a la sombra con los ojos cerrados y a su vez espera. Entonces, a su vez, él lo hace.

Lo hace primero encima de la boca. El chorro se estrella en los labios, en los dientes ofrendados, salpica los ojos, el cabello y luego baja por el cuerpo, inunda los pechos, lento ya en fluir. Cuando llega al sexo se renueva, se estrella en su calor, se mezcla a su leche, espuma, y luego se agota. Los ojos de la mujer se entreabren sin mirada y vuelven a cerrarse. Verdes.

Le hablo y le digo lo que hace el hombre. Le digo también lo que es de ella. Que vea, esto es lo que deseo.

El hombre hace rodar con el pie su forma por el camino de piedras. El rostro está pegado al suelo. El hombre espera y luego vuelve a empezar, hace rodar el cuerpo de un lado a otro, con una brutalidad que apenas puede contener. Se detiene unos segundos para recobrar la calma, luego vuelve a empezar. Aleja el cuerpo para después acercarlo a él con suavidad. El cuerpo es dócil, fluido, se presta a esos tratos como si estuviera desvanecido, al parecer sin sentirlas rueda sobre las piedras y permanece allí donde llega en la posición que adquiere al detenerse el movimiento.

De pronto eso ha cesado.

La forma está ahí, desmadejada, lejos de él. El hombre la mira y se acerca. Entonces, como si fuera a seguir haciéndola rodar de un lado a otro, el hombre coloca su pie encima de ella y de pronto deja de moverse.

Él habría colocado su pie descalzo al azar encima de la forma, hacia el corazón, y de pronto habría dejado de moverse. La carne de los pechos es suave y cálida, se encenaga uno en ella. El hombre ya no se mueve.

Él habría levantado la cabeza y habría mirado hacia el río. El sol está fijo y fuerte. El hombre mira sin ver con gran atención lo que se revela a sus ojos. Dice:

—Te amo. A ti.

El pie habría apretado el cuerpo.

Crece un tiempo, una duración, tiene esa unidad de la indefinida inmensidad. El hombre no habría sentido miedo. Sigue mirando sin ver lo que se revela a sus ojos, el deslumbramiento de la luz, el aire que tiembla.

Ella está a sus pies, al parecer con todas sus fuerzas atenta al acontecimiento en curso. Sin un gesto, la boca aferrada al brazo sin mellar la seda del vestido, ella notaría la progresión, la presión del pie sobre el corazón. Los ojos habrían vuelto a cerrarse sobre el color entrevisto. Bajo el pie descalzo hay el lodo de una ciénaga, un hervor sordo, lejano, continuo. La forma está deshecha, lacia, como quebrada, en una terrorífica inercia. El pie aprieta aún más. Se hunde, alcanza la caja torácica, aprieta aún más.

Ella ha gritado. Él ha oído un grito. Tiene el tiempo de oír que el grito ya no se detiene, de oír también que desfallece. Y mientras cree disponer todavía del tiempo para elegir, el pie vacila, y pesadamente se desengasta del cuerpo, se separa del corazón bajo el impulso del grito.

Él habría vuelto a desplomarse en el sillón del pasillo oscuro.

Las piernas de la mujer se habrían separado y habrían vuelto a caer, exhaustas.

Gira sobre sí misma, grita una vez más y, entre largos y lentos estertores, se debate. Su lamento grita y llora, clama aún por la liberación, que venga, y luego, bruscamente, cesa.

El sol le habría alcanzado la cintura. Veo su forma en el pasillo, está en la oscuridad, casi sin color alguno. Su cabeza ha caído sobre el respaldo del sillón. Veo que está extenuado de amor y

deseo, que está de una extraordinaria palidez y que su corazón late a ras de cuerpo. Veo que tiembla. Veo lo que él no mira y que no obstante se adivina y se ve frente al pasillo, esas lomas tan bellas antes del río y esa inmensidad malva siempre sumergida en brumas que debería ser la del mar. La desnudez del llano, la orientación de la lluvia debería ser la del mar. Y ese amor tan poderoso. Lo sé, con ese amor tan poderoso. El mar es lo que no veo. Sé que está allá allende lo visible para el hombre y la mujer.

Él habría visto acercarse a él al espectro del camino de piedras.

Ella habría quedado un instante apoyada en el marco de la puerta antes de penetrar en el frescor del pasillo. Ella lo habría mirado. Como ella ante él poco antes él habría permanecido ante ella con los ojos cerrados. Sus manos están inmóviles y descansan sobre el brazo del sillón. Él habría llevado, lleva, un pantalón de tela azul que ha abierto y de la que sobresale ella. Tiene una forma tosca y brutal al igual que su corazón. Al igual que su corazón late. Forma de edades primarias, indiferenciada de las piedras, de los líquenes, inmemorial, plantada en el hombre en torno a la que se debate. En torno a la que se encuentra al borde de las lágrimas y grita.

Oigo que la mujer le dice al hombre:

—Te amo.

Oigo que él le contesta que lo sabe:

—Sí.

Veo que la mujer se mueve y que está a punto de dar a su vez los tres pasos que la separan de él.

Veo también que él esboza un movimiento de huida y que vuelve a caer en el sillón. Luego ya no veo nada más allá de los hechos.

Ella ha llegado a su lado, se acuclilla entre sus piernas y la mira a ella, sólo a ella, en la sombra que a su vez proyecta con su cuerpo. Con esmero la pone por entero al desnudo. Separa la prenda. Extrae de ella las partes profundas. Se aparta ligeramente, la expone a la luz.

Veo que el hombre ha bajado la cabeza y la mira, que mira junto con la mujer ese espectáculo de sí mismo. Sigue latiendo en sobresaltos al ritmo del corazón. Bajo la fina piel que la recubre se extiende la trama sombría de la sangre. Está llena de gozo, pletórica de gozo, más de lo que puede contener y tan apretada en sí misma se encuentra ahora que uno vacila en tocarla.

El hombre y la mujer la miran juntos. Si bien no hagan gesto alguno hacia ella y que todavía la dejen estar.

Más allá veo también que es tierra sin árboles, tierra del norte. Que el mar debería estar quieto y cálido. Es un calor claro de aguas desteñidas. Ya no hay nubes sobre las lomas, pero sigue esa niebla lejana. Es una tierra que huye ante sí, que no deja de verse una y otra vez, un movimiento por el que jamás se detiene, jamás tiene fin.

Ella se habría acercado lentamente, habría abierto los labios y, de golpe, habría tomado

entera su extremidad suave y lisa. Habría llenado la boca. Es tal el deleite que las lágrimas le invaden los ojos. Veo que nada es tan poderoso como ese deleite sino la prohibición formal de atentar contra él. Ella no puede asirla mejor sino acariciándola con precaución, la lengua entre los dientes. Lo veo: lo que se acostumbra a llevar en la mente ella lo lleva en la boca, esa cosa tosca y brutal. Ella la devora mentalmente, se alimenta de ella, se sacia mentalmente. Mientras el crimen permanece en su boca, ella no puede permitirse sino conducirlo, guiarlo hacia el gozo, los dientes a punto. Con sus manos ella la ayuda a llegar, a volver. Pero al parecer ya no sabe volver. El hombre grita. Con las manos agarradas al pelo de la mujer intenta arrancarla de aquel lugar pero ya no tiene fuerzas y ella, ella no quiere dejarlo.

El hombre. La cabeza arrebatada al cuerpo gime, celosa y entregada. Su lamento grita que llega, que vuelve a él, grita la lancinante contradicción de que se le quiera tanto. A ella, a la mujer, no le importa. Su lengua baja hacia esa otra femineidad, llega allí donde se hace subterránea y luego vuelve a subir pacientemente hasta volver a tomar y retener una vez más en su boca lo que ha abandonado. Ella la retiene a punto de ser tragada en un movimiento de succión continua. Él ya no intenta nada nuevo. Los ojos cerrados. Solo. Sin gestos, grita.

Allá arriba, el grito, el lamento se hace más agudo, es casi infantil al principio y luego se profundiza, se hace tan doloroso, tanto, que la mujer debe soltar presa. Suelta, se aparta, atrae los muslos más hacia sí, los separa y mira y respira el olor húmedo y tibio. Se demora, el rostro hundido en lo que él ignora de él, respira largamente el fétido olor.

Veo que él se deja y con ella mira otra vez. Que la mira hacer, que se entrega todo lo que puede a su deseo. Que ofrece a esa hambrienta al hombre que es. Es ahora en el pelo de la mujer donde ella sigue latiendo según los sobresaltos del corazón.

El grita suavemente un lamento de intolerable felicidad.

El cielo pasa lentamente por el rectángulo de la puerta abierta. Avanza entero, como a la lenta velocidad de la tierra. Las masas de nubes de trazado fijo son arrastradas en dirección de la inmensidad.

Con la boca abierta, los ojos cerrados, ella se encuentra en la caverna del hombre, se ha retirado en él, lejos de él, sola, en la oscuridad del cuerpo del hombre. Ya no sabe muy bien qué hace, ni qué dice, aún sigue creyendo posible hacerlo de otra manera. Besa. Allí donde reina el fétido olor besa, lame. Nombra las cosas, insulta, grita palabras en su ayuda. Y luego vuelve a callarse, a exasperarse, a ensañarse con todas sus fuerzas hasta el momento en que las manos del hombre la rechazan y la tiran al suelo. Él va a su encuentro. Se tumba largo tiempo encima de ella, la penetra, permanece aún allí, sin movimientos, mientras ella llora.

Acaban de gozar. Se han separado. Durante mucho tiempo, en el suelo, nada en ellos se roza. Las baldosas están frías, refrescantes. Ella sigue llorando, por intermitencias, llanto de niña.

Él se gira lentamente hacia ella y con la pierna la acerca a él. Permanecen así. Él le dice que

quisiera dejar de amarla. Ella no le contesta. Él le dice que un día la matará.

Nada se produce sino el desorden y la inmovilidad de sus cuerpos deshechos con excepción de esa palabra que él le dice una vez más, que no tiene fin.

Están acostados en el pasillo como dormidos mientras otra cosa se prepara en el lento reflujo del deseo. Con gestos apenas perceptibles vuelven a acercarse. Las pieles, los sudores que se tocan, los rostros, la boca de ella reencontrada por él. Permanecen así, trastocados, a la espera. Luego ella dice que desea ser golpeada, dice que en la cara, se lo pide a él, ven. Él lo hace, va, se sienta a su lado y la mira otra vez. Ella dice: golpeada, con fuerza, como antes en el corazón. Dice que quisiera morir.

Así es, el rectángulo de la puerta abierta está ocupado por el cuerpo sentado del hombre que se dispone a golpear.

De la indefinida inmensidad llega una niebla, un color violeta ya encontrado en caminos de otros lugares, de otros ríos, en monzones muy lejanos de la lluvia.

La mano del hombre se yergue, vuelve a caer y

empieza a abofetear. Primero suave luego secamente.

La mano abofetea la comisura de los labios luego, siempre con más fuerza, abofetea contra los dientes. Ella dice que sí, que eso es. Vuelve a levantar la cara con el fin de mejor ofrecerla a los golpes, la distiende, más a merced de su mano, más material.

Tras diez minutos, se habrían instalado los dos en una precisión paralela. El golpea siempre con más fuerza.

La mano baja, golpea los pechos, el cuerpo. Ella dice que sí, que eso es. Sus ojos lloran. La mano pega, golpea, siempre más firme está a punto de alcanzar una velocidad mecánica.

El rostro se ha vaciado de toda expresión, atolondrado, ya no se resiste en absoluto, desbaratado, se mueve a voluntad alrededor del cuello como algo muerto.

Veo que el cuerpo asimismo se deja golpear, que está entregado, ajeno a todo dolor. Que el hombre insulta y golpea. Y luego de pronto los gritos, el miedo.

Y luego veo que esa gente ha quedado sumergida por el silencio.

Veo cómo llega el color violeta, cómo alcanza la desembocadura del río, cómo se ha encapotado el cielo, cómo se ha detenido en su lento recorrido hacia la inmensidad. Veo que otros miran, otras mujeres, que otras mujeres ahora muertas miraron asimismo formarse y deshacerse monzones de verano ante ríos bordeados de sombríos arrozales, frente a vastas y profundas desembocaduras. Veo

cómo del color violeta llega una tormenta de verano.

Veo que el hombre llora acostado encima de la mujer. No veo de ella sino inmovilidad. Lo ignoro, no sé nada, no sé si duerme.



MARGUERITE DURAS, novelista, dramaturga, guionista y directora francesa, nació en Saigón, Indochina, en 1914, pero se trasladó a París a comienzos de 1930. Su primera novela importante, *Un dique contra el Pacífico* (1950), narra la vida de una familia francesa empobrecida en Indochina. Otras novelas importantes son *Moderato cantabile* (1958) y la novela semiautobiográfica *El amante* (1984), que obtuvo el premio Goncourt. En 1960 Duras escribió el guión para la película de Alain Resnais *Hiroshima mon amour*. Murió en París en 1996, tras una larga enfermedad.